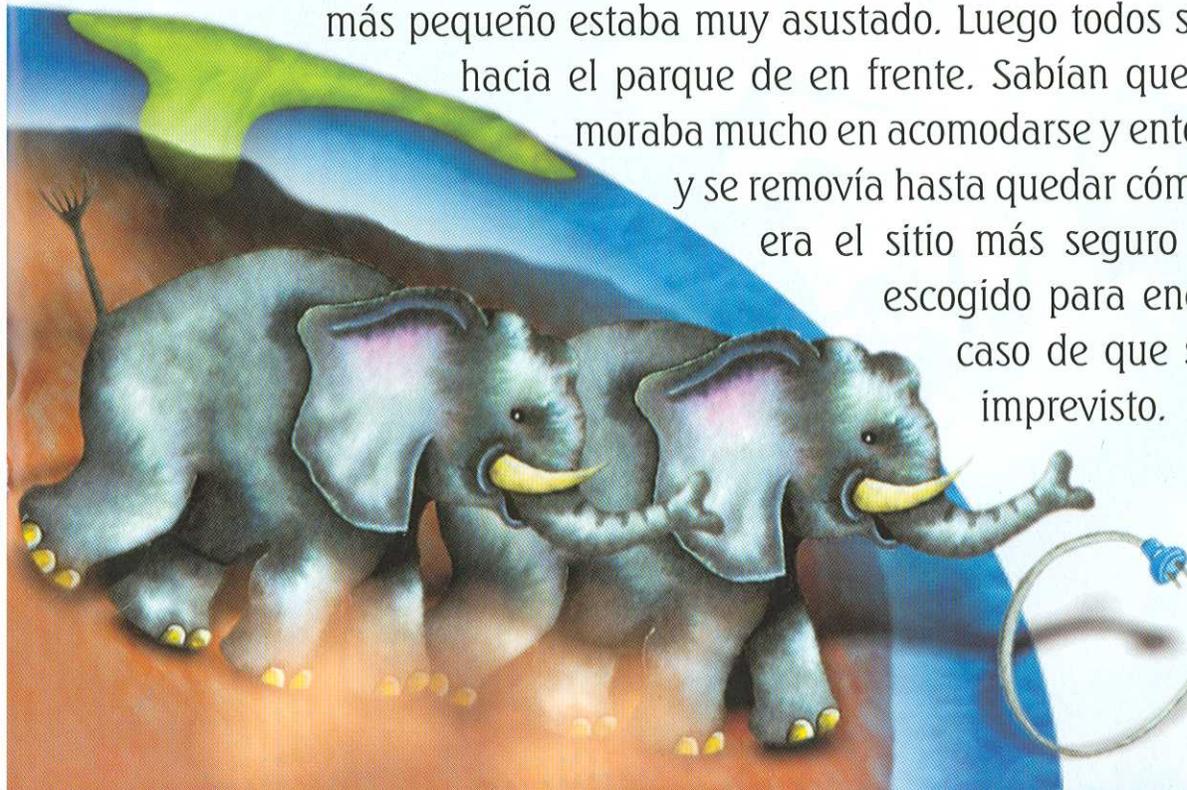
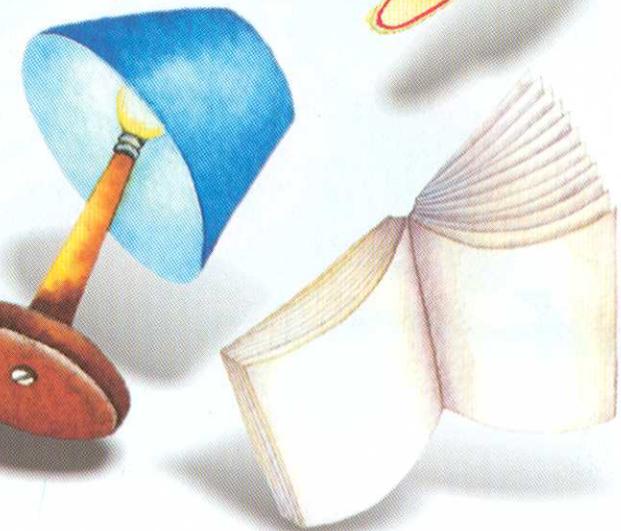
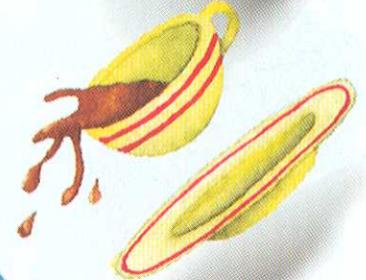


Bonifacio se apresuró hacia un sitio despejado cuidándose de que ningún árbol lo aplastara. Mientras tanto en su casa, de dos saltos, Rita se había metido con el conejillo más pequeño debajo de la mesa, mientras los otros conejos, en un santiamén, se alejaban de las ventanas y se acurrucaban al lado de una columna de la madriguera, cubriéndose la cabeza con los brazos.

El ruido era ensordecedor y todo se movía. Las lámparas brincaban de las mesas, los libros volaban de la biblioteca, el chocolate caliente se derramaba sobre la estufa, los cubiertos sonaban como dando un concierto y los cuadros se bamboleaban respondiendo a la orquesta cubiertil.

Pasaron tal vez unos cuarenta segundos y Pietra dejó de moverse. El conejito más pequeño estaba muy asustado. Luego todos salieron calmadamente hacia el parque de en frente. Sabían que a veces Pietra se demoraba mucho en acomodarse y entonces volvía y se movía y se removía hasta quedar cómoda y contenta. Ese era el sitio más seguro que habían escogido para encontrarse en caso de que sucediera un imprevisto.



Afuera las cosas no se veían bien. El árbol de la familia Ardilla Hule se había desplomado. No se veía a ninguno de ellos por ahí. Bonifacio se apresuró hacia el punto de encuentro y se dio cuenta de que la familia Castor López necesitaba ayuda. Papá Castor había quedado atrapado por los escombros de un poste de cemento. Aunque trató de roerlo con sus poderosos dientes, lo único que logró fue que se le desportillaran. Finalmente, pudieron liberar a papá

Castor, el pobre, ya encorvado como ocho, quedó más estropeado. Probablemente iba a tener que usar un yeso en su pata izquierda por un par de meses. Eso sin contar la prótesis que iba a necesitar para reponer sus dientes.

